

EL PRIMER DÍA DE VERANO

El reloj de la torre marcaba el ritmo del día con el repicar de las campanas punteando las horas.

Todo comenzaba con remojones de pan con azúcar bañados en una taza rebosante de leche.

Ataviados con pantalones cortos y camisetas de tirantes, el primer día de verano nos daba la bienvenida para continuar las aventuras iniciadas las últimas vacaciones en la arboleda del pueblo.

El lugar de reunión era el banco de la plaza Mayor. Acudíamos ansiosos esperando el reencuentro con amigos a los que comenzamos a extrañar el último día de vacaciones. Llegábamos corriendo y frenábamos en seco mientras nos mirábamos de arriba abajo comprobando como habíamos cambiado. La vergüenza daba paso al alborozo desbordado en un periquete. La aventura comenzaba de nuevo.

En la arboleda recogíamos fresas y moras silvestres que endulzaban la caminata. Llenábamos bolsas con piñas y ramas caídas que nos servirían para rehacer la vieja cabaña castigada por el frío invierno. Un año más la convertiríamos en el recóndito refugio estival de la pandilla.

A mitad de camino nos zambullíamos en la poza, a la que accedíamos abriéndonos paso entre matorrales. Guerras de agua, chapuzones desde el saliente rocoso, o la búsqueda incansable de la piedra más bonita en el fondo del río, convertían esos momentos en inolvidables. Entre tanto, recolectábamos escaramujos para fabricar collares que morirían con el final del verano.

Al regresar a casa, nos sacudíamos la ropa y disimulábamos los arañazos ocultando cualquier rastro que pudiera revelar nuestras peripecias. Caíamos rendidos sobre la mesa, soñando con las correrías que asomarían al despertar el día.

Ese murmullo del agua, el volteo de campanas o el dulzor de frutos silvestres mantienen intacto en mí, deliciosos recuerdos que me trasladan aquel primer día de verano.

